

# Las siete reformas necesarias para el siglo XXI

## Edgar Morin

París, 12 de marzo de 2009

*Transcripción de videoconferencia editada por Luciano Carrino. Traducción del español: Steph Bourgue de la Escuela de Idiomas; revisión: Eduardo Domínguez G. Facultad de Comunicaciones. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. Octubre, 2009*

Partiré de un comentario del filósofo español «Ortega y Gasset» quien decía: «*No sabemos lo que pasa y esto es lo que pasa*». ¿Por qué esta ignorancia? Primero, porque cuando se trata de entender lo que ha sucedido, la conciencia siempre llega después del acontecimiento. Luego, porque estamos en una época de evolución extremadamente rápida y, en efecto, el retraso es aún más grande. Y, además, la complejidad de los acontecimientos es extraordinaria. Todo se mezcla: los fenómenos económicos, sociales, políticos, religiosos. Y es justamente esta complejidad la que se hace difícil de entender. Entonces nos enfrentamos con una situación de debilidad del conocimiento, aún más cuando el conocimiento con el que podemos contar, y que usamos, se ha formado dentro de disciplinas separadas, divididas en compartimentos e incomunicadas. Hay expertos economistas, demógrafos y de todas las ciencias. Pero no se comunican. Ahora bien, la realidad no se parece a la universidad. Las cosas que están separadas en la universidad, se mezclan en la realidad. Y ésta es la causa última de nuestra ignorancia: nuestro modo de conocimiento nos vuelve ciegos frente a los problemas globales y fundamentales.

Estos problemas se volvieron muy importantes porque son vitales y, al mismo tiempo, mortales. Entonces empezamos por un diagnóstico de lo que pasa. Lo que pasa, todo el mundo lo sabe, es la universalización o globalización, es decir, el hecho de que ahora todo es solidario y relacionado en nuestro planeta, en un proceso que se incrementa.

Se puede decir que esta globalización consta de lo mejor y de lo peor.

Lo mejor es que hoy la interdependencia entre todas las partes de la humanidad nos lleva a considerar que estas partes están relacionadas entre sí, mientras que durante mucho tiempo se ha considerado a las sociedades y a los humanos como separados e incomunicados. Nuestros destinos están ligados. Vivimos en una comunidad con un mismo destino, aún más cuando existen amenazas que nos afectan a todos. La amenaza de proliferación de las armas nucleares, la degradación de la biosfera, la crisis económica que empeora, los desplazamientos étnicos, religiosos, ideológicos, el hambre que no ha desaparecido. Por lo tanto, tenemos un porvenir común que nos debería unir, hacernos más solidarios y ciudadanos del planeta tierra.

Además, la globalización ha creado la base de una sociedad a escala mundial. ¿Por qué? Porque para que haya una sociedad hace falta un territorio comunicado. Ahora bien, en nuestro tiempo, el planeta es un territorio unido por comunicaciones múltiples e inmediatas, como nunca existió en el

pasado, en el seno de una nación. Para que haya una sociedad hace falta que haya una economía. Pues bien, la economía globalizada está aquí, pero desafortunadamente no está regulada para que haya una sociedad. Para que haya una sociedad hace falta una autoridad legítima. Pero por desgracia no hay ninguna autoridad mundial legítima y no se puede considerar que las Naciones Unidas sean esta autoridad. Para que haya una sociedad hace falta una conciencia común, justamente la conciencia del destino común que nos da un sentimiento de patriotismo. Ahora bien, no se trata de suprimir el sentimiento patrio en cada nación; más bien es necesario entender que tenemos una tierra que se ha vuelto nuestra patria. Pero esta conciencia no existe sino dentro de algunos pequeños grupos dispersos. Entonces tenemos las bases de una nueva sociedad, pero también tenemos procesos técnicos y económicos que impiden que esta sociedad se constituya.

Resumo: lo mejor es que, por primera vez en la historia de la humanidad, existe la posibilidad de una unidad pacífica, unidad *de* la diversidad y *en* la diversidad. Existe la posibilidad de realizar verdaderamente una etapa nueva en el porvenir de la humanidad. Esto es lo mejor.

Pero por desgracia, lo mejor es inseparable de lo peor. Lo peor es que el proceso científico, técnico y económico que anima la globalización es ambivalente. Es cierto que la ciencia aporta conocimientos, técnicas y efectos positivos, pero sus efectos negativos se incrementan cada vez más. La misma ciencia que aporta ventajas produce armas de destrucción y de muerte masivas. La economía también desemboca en degradaciones, no solo en la biosfera, sino en las realidades humanas.

Lo peor está relacionado con lo mejor, ya que implica la degradación continua de este medio vivo, la biosfera, que para el ser humano es imprescindible. Y asistimos a la degradación de la biodiversidad, al recalentamiento climático, a las contaminaciones múltiples e innumerables, y a muchos más fenómenos conocidos. Lo peor es que esta economía globalizada no tiene un verdadero sistema de regulación y de control, y que una crisis puede desembocar en catástrofes. Lo peor es que se está viviendo una crisis, no solamente de la biosfera y de la relación humana con la naturaleza, sino también del desarrollo de las sociedades tradicionales y de la modernidad.

La crisis de las sociedades tradicionales se relaciona con el hecho de que el proceso de globalización, que es un proceso de occidentalización, no solamente destruye los prejuicios y los fenómenos de cierre, sino también solidaridades, conocimientos, habilidades y estilos de vida. Estas sociedades están dejadas en un caos. Pero la solución, que sería la modernización occidental, está hoy ella misma en crisis. Porque en las sociedades que se llaman desarrolladas o evolucionadas, el bienestar material, donde se ha instalado, no produce satisfacción ni moral ni psicológica. Existe más bien un malestar psíquico dentro del bienestar material. Estas sociedades llamadas desarrolladas crean nuevos problemas. Y nuestra civilización no solamente crea malestar. Los excesos del individualismo destruyen las antiguas solidaridades y llevan a una carrera desenfrenada. ¿Pero hacia dónde?

Aquí es donde hace falta plantearse el problema de la noción de desarrollo. ¿Qué significa? ¿Que existe cierto número de naciones desarrolladas y que el resto del mundo está subdesarrollado y debería desarrollarse? Aquí también es preciso pensar que dentro de la noción de desarrollo se encuentra lo mejor y lo peor. Es verdad que, por ejemplo, el desarrollo en China, en países de América Latina y en la India ha suscitado el surgimiento de una clase media que accede al modelo estándar de la vida diaria de Occidente. Y es fácil darse cuenta, en estos países, que la juventud está muy contenta de librarse de las obligaciones de la familia tradicional y de adquirir una libertad en las relaciones, inclusive en las relaciones sexuales. Y hasta existe una magia en el descubrimiento del Mac Donald's o de la Coca-Cola. Cosas que para nosotros son de una banalidad repulsiva, pero que aquí parecen equipadas de todo el prestigio del mundo occidental.

Efectivamente, hay algo importante en este acceso a la prosperidad occidental. Pero este acceso también transmite todas las intoxicaciones que están dentro de la civilización occidental. La obsesión por consumir y el papel cada vez más importante del dinero, que suprime la parte de relaciones humanas basadas en la gratuidad, la amistad, la solidaridad. La obsesión por los automóviles con su contaminación y sus embotellamientos. Si China y la India tuvieran tantos automóviles como Occidente por número de habitantes, se necesitarían cinco planetas como la Tierra para poder satisfacer las necesidades energéticas y para depurar las contaminaciones producidas. Esta carrera por el desarrollo también es una carrera hacia el abismo.

Añado que este desarrollo no solamente aporta cierta prosperidad a los que acceden al estatus de las clases medias occidentales. También aporta la miseria a enormes masas de personas. Basta con mirar los mapas y ver las zonas de enormes barrios de invasión que rodean a las grandes ciudades de América Latina, Asia y África. ¿Qué es esta miseria? Con respecto a este tema, Majid Rahnema, un pensador iraní, ha escrito un libro muy importante que se titula "*Cuando la miseria expulsa la pobreza*". Uno puede ser pobre, como en las antiguas civilizaciones africanas por ejemplo, en las cuales el campesino, con su familia y su pequeño pedazo de tierra, tenía su policultivo, sus gallinas, sus cabras y un mínimo de autonomía. Pero cuando el monocultivo industrial o la violencia expulsan al campesino de su tierra, éste acaba en los suburbios de las ciudades, en los tugurios, y donde es convertido en un proletario, ya no posee nada y está sometido a una dependencia total. Esto es la miseria. Ahora bien, en la actualidad, el desarrollo crea enormes miserias al mismo tiempo que crea cierto número de prosperidades. Y uno nota que en los países de Europa Occidental, como Francia por ejemplo, donde había pobreza pero donde la miseria parecía excluida, excepto dentro de algunas categorías muy marginales, hoy en día la miseria se propaga en detrimento de la pobreza.

Por consiguiente, es necesario poner en tela de juicio el dogma del desarrollo. La idea de desarrollo duradero, «*sustainable development*», es una idea que no logra quitar toda la nocividad y todas las carencias de la noción de desarrollo. Más bien sería necesario hablar de *desarrollo humano*. Porque el desarrollo, tal como ha sido pensado hasta hoy, nos lleva a creer que la técnica y la economía son la locomotora que va a arrastrar todo el tren de una vida mejor, de la democracia, del bienestar, de la satisfacción, de la disminución de los conflictos sociales. Ahora bien, no hay nada de eso. Uno ya ha visto el desarrollo económico cumplirse con dictaduras, como bajo la dictadura de Pinochet. Uno ya nota que no aporta ni democracia ni bienestar. Por supuesto, aporta ciertos beneficios y cosas importantes, pero hace falta cambiar la palabra desarrollo o, mejor, modificar el sentido de esta palabra. Es preciso hablar de *desarrollo humano*.

Cuando hablamos de esto con respecto al mundo vivo, decimos, por ejemplo, que es el botón que va a dar una flor, es decir, algo que no existe dentro del botón, pero que es virtual. O decimos que el embrión que va a salir del vientre de su madre se va a desarrollar en cantidades de células, pero también en organización y que va a tener cualidades nuevas. En estos casos, el desarrollo tiene un sentido no sólo cuantitativo sino cualitativo. Ahora bien, al contrario, el desarrollo de las sociedades ha sido pensado hasta ahora exclusivamente en términos cuantitativos. Y esta noción ha sido aplicada de manera única a culturas y civilizaciones muy diferentes las unas de las otras, según el modelo estándar occidental, sin tener en cuenta el hecho de que hacía falta efectuar una simbiosis de las culturas entre lo que han adquirido en términos de riquezas, de valores en el arte de vivir y de conocer -incluso lo médico- y lo que la cultura occidental puede aportar en términos de libertad, de democracia, de salud.

Entonces, en vez de siempre pensar en simbiosis, en lo que yo llamaría una política de la humanidad, que es la simbiosis entre las cualidades que existen en las distintas culturas, se aplica

de manera tosca y simplista una sola fórmula que ignora las cualidades de las culturas. Pienso otra vez en Majid Rahnema quien escribía que hace falta luchar contra el analfabetismo, pero no contra los analfabetos. En ellos, la falta de comprensión de la lectura y la escritura no significa barbarie; son personas que tienen una cultura oral tradicional milenaria. Tienen su saber, saben portarse bien, tienen su sabiduría, sus ilusiones y, sin duda, sus supersticiones. Pero nosotros también tenemos nuestras ilusiones y nuestras supersticiones. Por ejemplo, se ha vivido durante mucho tiempo la ilusión del progreso como una ley de la historia que tenía que cumplirse de manera automática. Pero esta ilusión se ha perdido. La globalización es un progreso, pero al mismo tiempo provoca su propia crisis, es decir, la crisis del planeta. La crisis de la humanidad que no logra ser humanidad.

La ilusión del progreso y la globalización no solamente han provocado esta crisis, sino que también han provocado el hecho de que la nave espacial Tierra, propulsada por la economía, la ciencia, la técnica y el beneficio, no tenga piloto y se precipite hacia el abismo. En consecuencia, hace falta reflexionar sobre la dirección que llevamos hacia el abismo. Es una probabilidad, no es una certeza. Significa que con las mejores informaciones con las cuales se puede disponer hoy en día, al ver los procesos actuales, la probabilidad es de catástrofe. Pero con frecuencia, en la historia, lo improbable ha ocurrido. Algo nuevo surge de lo imprevisto y a veces de lo creativo. Miren, a modo de ejemplo, una improbabilidad muy reciente: Obama, este hombre que no era favorito, este hombre que no es de esencia americana, que a la vez es negro y mestizo, ha sido el candidato del Partido Demócrata y ha llegado a ser presidente de los Estados Unidos. Seis meses antes nadie hubiera podido prever semejante hecho.

Lo imprevisto ocurre con frecuencia y las tomas de conciencia en periodo de crisis se pueden acelerar. Una crisis es un momento en que las incertidumbres aumentan, un momento en que los sistemas más o menos regulados se estropean, en que factores reprimidos se desatan, en que la imaginación y la investigación logran encontrar soluciones nuevas. A veces, por el contrario, es el momento en que se recurre a soluciones mágicas, providenciales. Se ha visto después de la gran crisis económica de 1929 que sobrevino en el mundo. Ha habido dos respuestas a la crisis. La primera fue el *New Deal* de Roosevelt, que constituyó una respuesta dentro de un marco democrático. La segunda fue la respuesta del totalitarismo nazi que alcanzó el poder en Alemania de manera legal. Y no hace falta olvidar que estas respuestas a la crisis no han hecho sino agravar la crisis en otro dominio. Ya que la llegada de Hitler al poder promovió el rearme de Alemania y su voluntad de volver a conquistar los territorios perdidos, abriendo el camino a la segunda guerra mundial. La solución a la crisis produjo 20 millones de muertos para llegar a la posguerra, durante la cual otro tipo de crisis va a surgir.

Hace falta pensar que la crisis puede tener consecuencias extremadamente graves, pero que también puede abrir un espacio para ir más allá de la crisis. Y, en el fondo, todo el trabajo que vamos a proponer, mi colaboradora y yo mismo, se refiere a las vías que permiten reunirse en una sola vía para salir adelante<sup>1</sup>.

Cuando un sistema no es capaz de tratar sus problemas vitales, que al mismo tiempo son mortales, tiene alguna de las siguientes posibilidades: se desintegra, o experimenta una regresión, o logra secretar - crea él mismo - un sistema más rico, capaz de tratar los problemas, es decir un meta-sistema. Se sabe que puede experimentar una regresión; que puede ocurrir un retorno desde la globalización hacia distintos proteccionismos. Todo eso puede llevar a una gran desintegración. Entonces quizás haría falta dirigirse hacia un metasistema. ¿Pero cómo?

*Meta*, es una palabra interesante. Hace pensar en metamorfosis. Y la palabra metamorfosis es un término muy rico; más rico que la palabra revolución, porque significa que uno se está transformando, a la vez que se queda en lo mismo. Uno se vuelve otro. Por ejemplo, la oruga es un animal rastrero que se encierra dentro de una crisálida. En ella va a empezar a destruirse como oruga. Destruye su sistema digestivo, pero no su sistema nervioso, y vuelve a construirse de manera totalmente diferente, en un insecto alado. Al término de este proceso, la crisálida se desgarran y aparece la libélula, la mariposa. Es la metamorfosis, que es un fenómeno bastante frecuente en el mundo animal. Uno mismo, cuando está dentro del vientre de su madre, es un animal acuático que no respira aire. Pero cuando sale, aparece transformado en animal terrestre.

En la historia de la humanidad ha habido metamorfosis, como en el momento en que pequeñas sociedades de cazadores recolectores que poblaban la tierra, en algún punto del globo se unieron, se organizaron y se han jerarquizado para crear las sociedades de la historia, las grandes sociedades con ciudades, con campos, con la agricultura, el ejército, la religión, las artes, etc....

La metamorfosis es una posibilidad. El gran problema es el de salir de esta historia de diez mil años de guerras ininterrumpidas, guerras que hoy en día se han vuelto locas porque podrían destruir a toda la humanidad. La metamorfosis podría llevar a un nuevo estadio. A esta sociedad mundial, de la cual estaba hablando. ¿Pero cómo alcanzarla? Justamente proponemos explorar las vías para alcanzarla.

*Hace falta pensar en siete tipos de grandes reformas inseparables. Se trata de las reformas económicas, sociales, políticas, del conocimiento, de la educación, de formas de vida y de éticas.*

Una reforma, sola, es insuficiente. Por ejemplo, en la Unión Soviética habían suprimido físicamente toda la clase capitalista y toda la burguesía, para crear una sociedad sin clases. Pero no lo han logrado. Además, han creado una sociedad con una nueva explotación y al final el esfuerzo ha fracasado totalmente. Desde 1989, el capitalismo, supuestamente expulsado, y la religión, presuntamente liquidada, han vuelto más fuertes que nunca.

Hacen falta reformas económicas, pero no son suficientes. Hacen falta reformas sociales, pero no bastan. Hacen falta reformas éticas y morales, pero solas, no son suficientes. Hace falta juntarse para encaminarse hacia estas reformas. Aquí no estamos en el lugar apropiado para darles la lista de las reformas en cada campo. Pero ya se puede entender hasta qué punto la reforma del conocimiento es imprescindible, ya que nuestro conocimiento actual lo limita a uno y lo vuelve ciego. Entonces es muy importante empezar por la reforma de la educación, pero desarrollaré estas ideas en otra ocasión. Aquí quiero antes que nada llamar su atención sobre la importancia de considerar las reformas juntas.

Otro aspecto sobre lo cual quiero llamar su atención es que en todas partes, en Europa, en Francia, en África, en América Latina, en la base de las sociedades hay iniciativas innovadoras de todo tipo. Iniciativas dentro de las cuales se crean fraternidades, se forman asociaciones, existen pequeñas empresas para luchar contra la contaminación, para volver a dar vida a un pueblo, para crear actividades económicas de solidaridad, para volver a encontrar un vínculo, para luchar contra la degradación del medio ambiente y así sucesivamente.

Uno de los objetivos de nuestro trabajo, no consistirá en hacer la enciclopedia de todos estos movimientos que existen, sino inventariar los tipos principales de estas reformas en estado naciente, aisladas, separadas, divididas en compartimentos, y luego unirlos. Porque en ninguna parte ningún órgano administrativo, ningún partido político se ocupa de considerar junto este

movimiento. Entonces nuestro trabajo - si es necesario sintetizar - es que por un lado formulamos vías, pero también enseñamos, por otro lado, que cada una de estas voces ya tiene inicios separados, aislados. Y que la metamorfosis ya es potencial.

Por ejemplo, en una sociedad occidental, los individuos sufren mucho por las tensiones que les impone el trabajo en las ciudades. Son tensiones cronométricas, de la especialización, del comportamiento, de todo tipo. Los que tienen la posibilidad, salen de fin de semana, salen de vacaciones. Y durante los fines de semana y las vacaciones, ocurre un cambio de vida, en la dirección contraria, con respecto a la vida que uno lleva en la ciudad. Uno ya no se fija en la hora. Uno va a comer alimentos cocidos con leña. Uno no tiene que llevar corbatas. Uno no tiene que vestirse. Uno puede estar con amigos, fraternizar. Uno puede vivir su vida amorosa. Mejor dicho, la manera de aguantar las tensiones de la vida encuentra una especie de antídoto temporal durante los ocios y las vacaciones para quienes tienen la posibilidad de hacerlos.

Eso significa que uno vive en un mundo en el que todo está traducido en cantidad: los ingresos personales, los ingresos globales, el crecimiento. Todo se cuantifica y con lo cuantitativo uno olvida que las cosas más importantes de la vida no se pueden cuantificar. El amor, la felicidad, la paz del alma: estas cosas no se pueden calcular para nada. Se puede mejorar los índices cuantitativos, pero no existe un verdadero índice de la felicidad o de la satisfacción. Se puede construir, como lo ha hecho Markussen, un índice que toma en cuenta el nivel de escolaridad, de higiene y de ciertas condiciones exteriores. Pero las calidades no se pueden medir. Miremos el problema del dinero: cada uno, en lo más profundo de su ser, sabe que la alegría y la felicidad son más importantes que el dinero. Pero si uno carece de ello, no hay ninguna compensación a la falta de felicidad o de amor. El dinero es lo que compensa esta carencia. Uno se orienta hacia el dinero para olvidar, para consolarse. Uno va de compras, uno acumula, uno se va de viaje.

Creo que lo importante es llevar una vida que yo caracterizaría de *poética*. La vida, en efecto, se divide en dos partes. La parte prosaica consta de lo que uno hace por obligación, que no le interesa a uno, que no le gusta a uno, pero que uno hace para ganarse la vida, para su supervivencia. Pero vivir es mucho más que sobrevivir. Y, sea dicho de paso, desafortunadamente hasta ahora la política se ocupa del sobrevivir y nunca del vivir. Vivir es realizarse, es vivir en comunidad, es vivir en conformidad consigo mismo y con los demás. Esto es la poesía: vivir uno de manera poética, según sus aspiraciones. Ahora bien, uno no puede vivir de manera totalmente poética. Pero tampoco hay que dejar la parte prosaica de la vida que hace de uno, en cierta forma, un esclavo. Combinar lo prosaico y lo poético en nuestras vidas nos permite entender que la salida no se encuentra en un desarrollo cada vez más importante, en conseguir cada vez más dinero, cada vez más bienes, etc., y ello indica que lo importante para uno está en el desarrollo de su propio ser y de su propia vida. Aunque se sabe que muchas cosas cuantificables se han hecho útiles al ser humano, será fácil comprender que es preciso intentar dirigirse hacia esta vía nueva.

En la historia, las grandes aventuras siempre han tenido inicios extremadamente modestos. La aventura del cristianismo ha tenido un inicio muy modesto con algunos apóstoles. Y en el seno del imperio romano dos siglos han sido necesarios para que el cristianismo se convierta en una fuerza. Los inicios del islam han sido muy modestos. Han expulsado a Mahoma de la Meca, que ha tenido que refugiarse en Medina y, luego, el islam se ha convertido en una fuerza histórica estupenda. Los inicios del capitalismo han sido muy modestos, dentro de una sociedad feudal, donde se consideraba como un parásito y, luego, se ha desencadenado, ha destruido la sociedad feudal y se ha nutrido de sus reliquias culturales. Los inicios del socialismo han sido muy modestos, no eran sino algunos pensadores en el siglo XIX, aislados, considerados como locos. Y sin embargo el socialismo se convirtió en una fuerza social.

Creo que se está viviendo un momento de inicio. Se ven señales múltiples, no solamente entre todas estas iniciativas innovadoras, sino también en lo que se llama la "alter globalización", en la que a pesar del parasitismo de ciertas ideologías, hay la toma de conciencia de que todos somos ciudadanos de la tierra-patria. Se está pasando por un periodo de inicio y la meta de nuestro trabajo es demostrar que una vía es posible.

Una cosa que paraliza es que, en la situación actual, las generaciones anteriores, que han creído en el socialismo, en el comunismo, en el capitalismo, en la economía de mercado, en la solución de los problemas, están decepcionadas, desencantadas y sin esperanza. Las nuevas generaciones llegan a un mundo sin futuro en el que no hay quien pueda decir lo que será el mañana. Sienten amenazas globales y personales. Se sienten especialmente amenazadas por la precariedad de la sociedad. Con respecto a este tema, otra vez no hay esperanza. Demostrar que una vía es posible (y lo posible no quiere decir seguro), que la esperanza es posible (y la esperanza no quiere decir certeza), que un camino está abierto hacia la esperanza, es algo que puede contribuir con potencia a caminar por esta vía, a ampliarla y a dirigirse hacia esta metamorfosis. Una metamorfosis que nadie por el momento puede imaginar, porque antes de una creación nunca es posible saber lo que ocurrirá después.

Por todo lo anterior es que nos proponemos trabajar en las siete reformas necesarias para el siglo XXI.